



Max Estrella
Ediciones

Luzando

Paco Peñarroya

Luzando



Max Estrella
Ediciones

Primera edición: noviembre de 2016

© Max Estrella Ediciones
© Francisco Beltrá Botella

ISBN: 978-84-945605-3-8
ISBN Digital: 978-84-945976-5-7
Depósito Legal: M-38551-2016

Max Estrella Ediciones
C/ Cea Bermúdez 14
28003 Madrid

editorial@maxestrellaediciones.com
www.maxestrellaediciones.com

Impreso en España

A Francisco y Nieves, mis padres.

Prefacio

Había llegado esa misma madrugada sin ser visto por nadie de los alrededores. Los anfitriones de la casa le recibieron sin importar la intempestiva hora. Poco equipaje llevaba encima, solo el necesario para la misión que lo había llevado hasta allí. Se instaló, lo preparó todo y solo tuvo que esperar a que llegara el resto de invitados a aquella... no sabía bien cómo definirla... fiesta de inauguración.

La extraña música que sonaba de fondo en la casa era un componente más que potenciaba la repulsión que sentía al observar el desdén con el que aquel hombre trataba a quienes pasaban por su mundo.

Desde una de las ventanas miraba con recelo cómo aquellas personas, que se encontraban junto a la puerta en un desordenado apelo-tonamiento, intentaban agasajar con un presente al que consideraban el propietario del lugar. Nada más lejos de la realidad: no sabían que se encontraban a las puertas de un inmenso tablero de ajedrez, y que aquella persona a la que intentaban agradecer no era más que un peón del juego, como mucho, un caballo.

Aunque lo cierto era que él sí se sentía utilizado en el peligroso juego que se estaba tramando en aquel apacible lugar perdido en las montañas.

Era uno más, no tenía que entablar, si no lo deseaba, relación con los que, durante toda la tarde, estuvieron llegando a la casa. En todos veía las mismas señas de identidad, el desprecio y el ninguneo de los que pudieran alterar sus pretensiones. Con un simple vistazo a aquellas personas, que ya al anochecer se habían reunido en el lugar, intuía lo peligroso que podía llegar a ser aquel propósito. Le daba la impresión de que creían estar por encima del bien y del mal, y más cuando tenían a sus órdenes a gente como él, un solucionador de problemas.

El trabajo por el que estaba en el lugar no era el primero que había realizado para ellos, peso sí el más insólito y extraño de los que hasta el momento le habían contratado. Esa noche debía ser un simple actor en la función que había preparada para toda esa platea. Todo iba a ser una pantomima, porque no eran perfectos, tenían sus fallos, y a pesar del tiempo que llevaban analizando signos y señales, esta vez se habían equivocado. Y, como el que no quiere devolver las entradas de su espectáculo, le habían contratado a él para ofrecer un sucedáneo, y además improvisando, porque la mente a veces quiere ver más de lo que la vista alcanza. Y esa noche habían tomado por tontos a todos los lugareños, y puede que con razón, pero con uno de ellos no funcionó, y como la curiosidad mata al hombre, no se trataba de acabar con esa persona, pero sí de crear en su mente engaño y confusión.

Se encontraba sentado en el pequeño *office* de la casa, absorto en sus ideas y observando el elaborado presente que los lugareños habían ofrecido a los pretendidos dueños de la casa.

«Qué ingenuos», pensó, a la vez que sentía lástima por la mala suerte que habían tenido esas gentes con la llegada de sus nuevos vecinos. En ese instante su iPhone lanzó un sonido de entrada de mensaje. Sin demasiada preocupación por saber de qué se trataba, el hombre quedó serio mirando el terminal que había dejado encima de la impoluta bancada blanca de mármol. En su mente pudieron haber pasado mil años... pero al final se decidió a comprobar lo que contenía el mensaje: «Se ha cometido un error. Debes pasar al plan B esta noche. Quienes deben saber este cambio ya están informados. También deberás permanecer en el lugar hasta el anochecer de mañana. Entonces borrarás la señal descifrada sin dejar rastro. Después tendrás noticias».

Su cara no varió ni un ápice al leer aquel mensaje. No sabía cómo, pero en su interior presentía que algo así iba a suceder.

Abrió los ojos a la mañana siguiente cuando los rayos de sol ya se repartían por la blanca estancia. Se levantó y miró a su alrededor: allí ya no había nadie y todo se encontraba en perfecto estado de revista. Fue hacia la pequeña cocina y se preparó un aromático café como a él le gustaba. Se encontraba con su café y sus pensamientos cuando escuchó la aterciopelada voz de ella a su espalda.

-Buenos días.

-Hola -fue la única palabra que acertó a pronunciar.

-¿Tú no te has ido? -dijo ella.

-Debo quedarme contigo unos días -contesto él sin mirarla a la cara por puro rubor.

-¿Debes prepararme? -dijo ella ante la extrañeza de él.

El silencio se hizo espeso en aquella nívea cocina.

-No. Ya estás preparada, voy a... protegerte -la voz se le entrecortó al decir esa última palabra por la inseguridad que había sentido al pronunciarla.

Ella le sonrió con dulzura y se sirvió un café, mientras el hombre creyó sentir algo en su interior que no recordaba haber sentido jamás. Y se preocupó al percibir que ese tiempo que tenía que estar con ella iba a hacersele muy duro si debía contener las emociones que comenzaba a sentir.

Aquello que presentía se convirtió finalmente en realidad: aquellas horas junto a ella... no deseaba que acabaran nunca. Su atormentada existencia parecía que podía encontrar una salida junto a aquella mujer. Pero, como no sabía si sería aceptado por ella ni las consecuencias que eso pudiera tener para los dos, todo apuntaba a que debía seguir con su oscura vida.

Las horas iban pasando con ella extrañada de que él no la permitiese salir a la aldea ni a dar un paseo, y él no sabía qué excusa poner ante tal prohibición. Ella también parecía darse cuenta de que su sola presencia despertaba en el hombre un cierto sentido de atracción, aun no buscándolo, al menos conscientemente.

Ya había anochecido cuando el hombre se encontraba con su mente ocupada y la vista perdida en la amplitud del valle que se abría a los pies de aquella curiosa casa, mientras la joven leía una novela recostada en el sofá de la estancia. Los pensamientos de él se diluyeron al oír el teléfono de ella.

-Hola, cariño -contestaba la mujer a quien le llamaba-. ¿Qué tal estás? Yo estoy bien, ahora estaba leyendo... ¡hola!, ¡hola!, ¿me escuchas...?!

El hombre giró su cabeza al notar cómo a la mujer se le cortaba la conexión de llamada.

-Se ha cortado... normal, aquí debe de haber poca cobertura -justificó la joven.

De nuevo volvió la vista valle abajo, y no pasaron ni un par de minutos cuando sintió la vibración de entrada de mensaje a su móvil. Con tranquilidad metió la mano en el bolsillo de su pantalón y consultó lo que decía: «Todavía no has borrado la señal». Tragando saliva, volvió a guardar el móvil en su bolsillo sin dejar de perderle la vista al ya oscuro valle.

Un nuevo amanecer apareció ante sus ojos en aquel idílico lugar, siempre y cuando ella también estuviera a su lado. Con la misma rutina de la mañana anterior preparó café, cuando escuchó el tono de llamada del teléfono de la mujer en la planta superior. Desde la cocina escuchó lo mismo que la noche anterior en el salón, a la mujer que contestaba para que al final acabara perdiéndose la llamada. No había bajado la joven a desayunar cuando un nuevo mensaje entraba en su terminal: «No puedes tener ningún problema de conciencia a estas alturas de tu vida».

El hombre quedó pensativo ante qué postura tomar al respecto. Barajó varias opciones y se decidió a contestar el mensaje: «La policía estuvo ayer de patrulla rutinaria por el pueblo y pensé en posponerlo».

A los pocos segundos una nueva vibración le avisaba de la entrada de otro mensaje: «No eres tú quien debe preocuparse por la policía. Podemos tenerlo todo bajo control. CUMPLE EL ENCARGO».

Los aires de soberbia y superioridad de los mensajes le volvían a asquear. Se creían autosuficientes, y él se consideraba un cobarde por estar bajo su influjo, y por ello se lamentaba de no saber cómo escapar. La joven hizo aparición esa mañana donde él se encontraba, con una acogedora sonrisa y olfateando el aroma a café recién hecho.

-No hay manera, no hay cobertura en este valle -dijo en tono alegre la muchacha, que parecía sentirse cómoda en su compañía-. ¿Hoy qué tienes previsto que hagamos?

El hombre no supo qué contestar, agachó la cabeza y salió de la pequeña cocina diciendo:

-Tengo que preparar las cosas para marcharme.

Estuvo preparando la motocicleta que se encontraba en el pequeño parking del sótano de la casa cuando escuchó unos extraños sonidos que venían del exterior de la finca. Tomando al instante su arma entre las manos, subió rápidamente a la casa y, de ahí, a la primera planta. Miró por todos los ventanales que daban al bosque cuando

divisó, perfectamente camuflados entre los árboles, a dos hombres de gran envergadura y vestidos de negro que parecían estar en posición de observación. No era posible que por su desobediencia ya se hubiese reaccionado, pensó con rapidez, a la vez que un nuevo mensaje entraba en su terminal: «Si no borras la señal, abandona el lugar y mañana mandaremos a alguien que haga el trabajo por ti».

Al leer ese mensaje quedó perplejo y pensativo: «Si todavía me dan una prórroga... ¿quiénes son los dos que están ahí afuera?». Su mirada cambió paulatinamente hasta que de sus ojos desapareció toda mirada de compasión y sentimiento: «Una vez más se iban a salir con la suya», pensó: «¿Cuántas más?».

El hombre bajó muy tranquilo a la planta principal de la casa, ella se encontraba en el blanco sofá con la mirada perdida al final del valle. Él la miró, y ella, girando la cabeza al notar su presencia, también a él. La muchacha parecía presentir lo que le esperaba y de nuevo desvió lentamente su mirada hacia el valle. El hombre, manteniendo la respiración, solo acertó a decir:

-Adiós.

Al poco, la muchacha dijo:

-Hasta aquí percibo el olor a hierba fresca del valle.

Fueron las últimas palabras que la joven pronunció... a los pocos segundos se desplomó sobre el suelo.

Muy despacio asomó con su motocicleta al exterior de la parcela, no había nadie y lentamente, con el motor apagado, bajó la suave pendiente de la calle principal y desapareció del pueblo sin ser visto, igual que desaparecían para él las ilusiones de una nueva vida.

Se detuvo fuera de la aldea para arrancar su motocicleta, pero antes pulsó el botón de envío de mensaje de su iPhone: «La señal ha sido borrada, pero continúa en Luzando».

1. Buenos días

Los primeros rayos de luz comenzaban a asomar por detrás de la densa vegetación que cubría el monte cercano, marcando de arriba abajo una línea de claroscuro en los amplios ventanales que daban ese aire casi ingrátido a la fachada este de la opulenta «Casa Moderna» de la montaña.

Sí, la «Casa Moderna» la llamaban los vecinos, digamos rurales, de la aldea, que estaba a mitad de la ladera del valle, donde se confundían los sillares de piedras centenarias, de confuso tono entre pardo, negro, gris y verde, que levantaban las moradas de la aldea. Sus chimeneas dobladas como dedos que alzan sus puntas para tocar esos primeros rayos de sol y color, tan extraños durante la mayor parte del año, se confundían con esa mole cuadrada de cristal y acero que reflejaba los rayos del sol según el momento del día. Desde que se instaló allí, la «Casa Moderna» ha servido a los lugareños para diferenciar husos horarios según el color que reflejaba su silueta inoxidable, dependiendo de la franja horaria en que los haces de luz besaban la ladera del valle.

Y eran esas primeras luces del alba las que, de haber tenido ojos, hubiesen sido testigos directos de la funesta escena que se presentaba ante tan claro día de principios de verano. La muerte no natural era parte del escenario de lujo que se presentaba ante los ojos del inspector Marcos. Cinco gotas, prácticamente idénticas en color, diámetro y dirección, salpicaban el suelo de mármol blanco impoluto, importado de las canteras de la desaparecida Yugoslavia. Eran salpicaduras de tono rojo, homogéneo, como si un pincel maestro hubiera plasmado con tiento y calma ese diseño, y como si fuese el único espectador, la presencia del sofá, de tres plazas, tapizado en una refinada tela de lino blanco.

Una mano pálida, y de piel suave y tersa, descansaba sobre el blanco de la alfombra de piel de vaca, confundándose con el blanco del lujoso pavimento.

El color, el imperceptible rojo sangre, el fondo, el blanco del diseño de interior, y el protagonista, el cuerpo semidesnudo que, tumbado boca abajo, confundía su ausencia de constantes con la sensación que proporcionaba el mármol bajo el cadáver de la señora de la «Casa Moderna» de Luzando.

2. El inspector Marcos

Dentro de su buen humor, del que llegaba a hacer gala siempre que la ocasión así lo requería, y también cuando no lo requería, Marcos era la denominación por la que todos le conocían; Marcos, a secas, así de escueto y así de simple; se consideraba un hombre al límite, raspado... de los que dan gracias a la vida por haber sido esta tan permisiva y justa con él.

No obstante, se consideraba raspado porque así fueron muchos de sus atributos a la hora de conseguir su mayor anhelo, ser policía. Lo de inspector ni en sus mejores sueños entraba dentro de sus planes. De hecho, accedió al cuerpo de forma raspada, pues su metro y sesenta y seis centímetros solo le daban uno de margen sobre el límite establecido. También su licenciatura en Geografía e Historia, con un raspado suficiente de nota final, le sirvió como requisito necesario para acceder al grado de Inspector de Policía.

Su trayectoria en el cuerpo no es que hubiese sido un camino de rosas, más bien de hierbajos, que él mismo, con ayuda de bien pocos, tuvo que ir arrancando. Desde pequeño quiso ser policía, cuando veía en televisión, sentado sobre la alfombra, con los pies cruzados, esas películas de cine negro de policías y ladrones. Marcos siempre se ponía en la piel de ese señor en blanco y negro, con gabardina y sombrero calado, no muy alto, que resolvía los casos que se le presentaban, con voz ronca, la pistola en una mano y la otra dispuesta a sujetar a la dama que se desmayaba en sus brazos al ver tanta gallardía en su valiente galán mientras detenía al criminal de turno.

Recién estrenado su cargo de inspector fue destinado a la costa norte, para comenzar con la lucha contra el tráfico y contrabando de

drogas, tabaco, alcohol y otras muchas cosas animadas o inanimadas con las que nunca pensó que se podía traficar, al menos en España. De hecho, una de esas cosas animadas fue la que más éxito le reportó en su carrera, sirviendo para aumentar su prestigio, al menos en su hoja de servicios, y también para ganarse el sobrenombre de «el inspector Cobra», todo precisamente por eso mismo... una cobra.

-Joder, una serpiente en un fardo de Winston, se le quitan a uno las ganas de fumar -gritó Marcos cuando descubrió la forma con la que una banda de traficantes asiáticos pretendían liquidar a su blanqueador en Europa.

El superviviente en cuestión fue Amador Quintero, una rata de los negocios sucios de las que se venden al mejor postor para distribuir el género que otros desembarcan en los peligrosos acantilados y playas de todo el litoral norteño. Amador no tenía que ver, tocar ni oler las sustancias, simplemente blanquear los beneficios. Marcos, en el fondo, admiraba a los que se lo jugaban todo para poner en tierra los abundantes fardos por unos simples honorarios.

-Esta gente se lo juega todo por cuatro duros, mientras los que ni se arriman a la orilla se lo llevan todo cocinado y al estómago -decía.

Amador tenía tratos con una organización tailandesa. Su único cometido era viajar, un par de veces al año, a Pattaya, ciudad turística de este país, por eso no llamaba la atención, pues cualquiera podría pensar que al señor Quintero le gustaba el turismo en esta zona del Índico, aunque también pudiera ser que el susodicho fuera un fan del turismo sexual o un pederasta redomado.

Tras varias investigaciones, todo quedó comprobado; aparte de viajar a Tailandia para rendir cuentas a los capos locales de la droga, al señor Amador Quintero le iba todo... absolutamente todo. Cuando el dinero entraba fácil, claro y transparente, resultaba sencillo que los pequeños picos, o «pequeños descuadres contables», como él los llamaba, acabaran desapareciendo. Pero esos pequeños mafiosos de ojos rasgados y con camisas a cuadros de colores chillones y de dos tallas más de la cuenta, se percataron finalmente de a dónde iban a parar esos «pequeños descuadres contables».

Hasta aquí, los thai parecían inteligentes... pero la forma en que tramaron la venganza contra Quintero... eso se puede decir que ya no

lo fue tanto. Con lo fácil que hubiese sido liquidarlo en cualquiera de sus viajes a Pattaya. Si hasta la muerte por caída de coco hubiera sido más creíble que la que finalmente tramaron. Los muy inteligentes introdujeron en un primer contenedor una cobra birmana, de las más largas y venenosas que hay en el mundo. El pobre reptil estuvo casi un mes dentro de un contenedor de tabaco, posiblemente hibernando, aunque tanto tiempo aburrido quizás pudiera justificar los altos índices de nicotina que se detectaron en la autopsia que se le practicó. Y digo autopsia porque el pobre crótalo acabó siendo cadáver. Lo explico: en el desembarco de los fardos en la playa, uno de los currantes, también pederasta y con muchos sellos de Tailandia en su pasaporte, estaba informado de lo que se debía hacer con uno de los fardos, marcado con una S grande. Como veis, inteligentes los thais. Debía acceder con sumo cuidado al producto animalario que había en su interior, y del que previamente ya había sido instruido en su manejo y manipulación. El siguiente paso era adentrarse en la pequeña casa de campo, sin vigilancia de ningún tipo, en la que vivía el señor Quintero, y, utilizando un gas somnífero con el fin de dormir a la víctima, proceder a introducir a la reina de las serpientes bajo las sábanas de la cama para que diera los buenos días a don Amador. Indudablemente, si la idea fue de los tailandeses, no podían negar que habían visto recientemente *El Padrino*, pero al modo asiático.

Lo que ocurrió es que no salió como se esperaba. Es decir, que la cobra, después de tanto tiempo encerrada en un fardo dentro de un contenedor, lo que anhelaba era disfrutar del aire libre, siendo esto lo que hizo una vez el inteligente encantador de serpientes se marchó del lugar. El bicho se deslizó de la cama al suelo y salió por el balcón, bajando por la hiedra trepadora de la fachada hasta la terraza exterior, no sin antes dar cuenta de una buena cena que, sin duda, necesitaba. El animal se zampó el canario timbrado que todas las mañanas despertaba a Amador con los rayos del sol. Al final, al animal no se le ocurrió otra cosa que enroscarse para hacer la digestión a la sombra de la rueda delantera derecha de los más de dos mil kilos del Land Rover Defender que Amador había puesto a nombre de su primo.

Así que, al bajar ese día al pueblo a comprar el pan, lo de siempre, dos chapatas, un euro, la oferta que le permitía a Amador bajar cada

dos días al pueblo y ahorrar combustible, se oyó un pío, posiblemente el del timbrado, al que todavía le quedaba un último estertor en el interior del estómago del reptil antes de que los corrosivos líquidos estomacales de la serpiente realizaran su función.

Al volver de nuevo a la casa de campo, Amador se percató de la plasta viscosa y sanguinolenta que tenía ante sí en la zona de parking, por lo que, no sabiendo exactamente de qué se trataba, aunque sí lo adivinaba, por lo largo del animal y por unas plumas amarillas que asomaban del reventado vientre, decidió tomar un recogedor e introducir el ente en una bolsa y acercarlo al veterinario del pueblo.

-¡Hostias! -pronunció el veterinario local al percatarse de lo que tenía ante sí-. Una cobra de tres metros de larga, y en estos parajes.

Lógicamente, tal descubrimiento implicaba dar aviso a las autoridades locales. Y entonces es cuando apareció Marcos, quien, como inspector jefe de la zona, fue el que llevó el caso. Las pesquisas, rápidamente, comenzaron a dar sus frutos.

Primero fue la autopsia del animal, que reveló rastros de nicotina en su organismo. Luego fue lo exótico del descubrimiento... una cobra birmana, lo que hizo asociar a Marcos las siguientes ideas: contrabando en la zona, de tabaco, bandas asiáticas que lo controlan, una cobra asiática en casa de Amador Quintero... ¿Por qué?

La resolución llegó sola un par de meses después, tras el fracaso del plan inicial. Los tailandeses eran tan inteligentes que repitieron el plan con el mismo *modus operandi* y con la misma arma letal, posiblemente familia de la anterior. Incansables como ineptos, los pequeños mafiosos amarillos.

Con un chivatazo de la llegada de un envío de contrabando a la playa, y con Marcos advertido y agazapado en la noche, a la espera de que desembarcasen los bultos y los llevaran a la furgoneta que esperaba a pie de playa, su objetivo primordial eran los cabecillas al volante de la Peugeot Boxer y no tanto quienes realizaban labores de carga y descarga.

Tras la operación, a Marcos, antes de retirarse a dormir, solo le quedaba la inspección ocular del material decomisado. Y, ante tanto fardo igual, llamó la atención uno marcado con una S gigante de color negro. Ordenó a sus ayudantes abrir ese fardo y de ahí le vino a Marcos

el cariñoso apelativo de «Inspector Cobra», además de la sonora exclamación que salió de su boca:

-¡Hostias una cobra!-

Cómo, finalmente, Marcos acabó llegando hasta Amador Quintero ya solo fue labor de suspicacia y dedicación.

En realidad, la dedicación le podía llegar a sobrar a Marcos en todos sus casos, pues su estado de soltería le ofrecía un tiempo del que no podría disponer de otra manera, ya que solo contaba con la compañía de Watson, un cachorro que encontró abandonado en un contenedor. Marcos vio en el perro el complemento necesario para parecerse a Sherlock Holmes.

Y asuntos como este son los que le han hecho al inspector Marcos ganarse un cierto aprecio dentro del cuerpo. Luego le llegó un ascenso, ascenso que el mismo Marcos tuvo que considerar varias veces para entenderlo como tal, pues pasó de inspector de campo a segundo de a bordo del Departamento de Policía Portuaria de Rondella. No era lo que precisamente el hombre consideraba como un verdadero ascenso.

Pero el día de autos no había barcos que registrar, ni cargamentos, ni pasajeros extracomunitarios... Era un día nulo en un puerto como el de la pequeña localidad de Rondella, y la aparición de un cuerpo en la cercana aldea de Luzando, y la insistencia de este ante su jefe para que lo dejara hacerse con el caso, fue lo que lo llevó hasta el lugar del crimen. Marcos nunca hubiese imaginado que el blanco y casi transparente ambiente de la «Casa Moderna» iba a imbuirle en una pesadilla para la que nadie, ni en la vida real ni en la academia, le habían preparado.

3. La «Casa Moderna»

Luzando era el nombre del pequeño pueblo o aldea que se asentaba sobre la ladera del valle; sin partido judicial, dependía del pueblo costero de Rondella, y era en esa misma ladera del valle donde la «Casa Moderna» destacaba como si fuera una nave espacial que hubiera descendido de los cielos para establecerse entre las vetustas viviendas de los lugareños.

Allí había llegado Alfonso Creces, un arquitecto catalán, con su joven esposa, y, en poco más de veinte semanas, construyó esa mole de modernidad que asombraba a los que allí vivían, que dedican sus primeras visiones del día, al salir de sus casas, a espabilar sus ojos ante la siempre extraña contemplación de la para ellos conocida como la «Casa Moderna».

La vivienda lucía como un perfecto cubo de grandes dimensiones en la parte alta del valle. Dependiendo de a qué altura del escalonado pueblo nos encontráramos podríamos tener la visión, más o menos parcial, en todo su esplendor, de tan singular edificio. Los límites de la parcela no permitieron que la edificación quedara lo suficientemente aislada del resto de casas del pueblo. Y es que parecía que la intención del arquitecto y propietario no fuera aislarla del resto de edificaciones de la población, sino, más bien, mostrarla como una especie de castillo feudal futurista rodeado de sus siervos y vasallos.

Realmente, podría pensarse que una vivienda tan llamativa debiera de merecer la consiguiente dosis de seguridad, pero, con el tiempo, la «Casa Moderna» había conseguido el mayor y más efectivo sistema de inmunidad e inviolabilidad que cualquier compañía de las que existen en el panorama del sector pudiera ofrecer. Los casi doscientos ojos y

oídos, unos funcionando a mayor rendimiento que otros, de las casi cien almas que vivían en Luzando eran los máximos garantes de advertir cualquier anomalía o circunstancia extraña que se diera respecto a la vivienda. En la aldea, poco había que hacer o disfrutar más que estar pendientes de la vida de la casa.

La vivienda no era residencia habitual para sus propietarios, pues el hombre y su esposa era complicado verlos por el lugar, y más todavía prevenir sus visitas. Se presentaban en el lugar cuando les apetecía, bien para disfrutar de días libres, bien para descansar de la tensión del trabajo o simplemente porque, como los menos interesados decían, «la casa es suya y vienen cuando les da la gana».

Y es que, como decía antes, al contrario de los sistemas de seguridad existentes en el mercado, la estructura de vigilancia que la «Casa Moderna» poseía era de la suficiente inteligencia como para preguntarse por qué no estaban sus propietarios, a dónde habían ido, cuándo volverían, etc. Incluso algunos vecinos tenían la suficiente desfachatez como para realizar afirmaciones del tipo:

-Tendríamos que hablar con el propietario para que, ya que le vigilamos la casa, tuviera algún detalle con todos los vecinos.

-Eso, eso, por ejemplo, que nos la enseñe por dentro, que por fuera ya la vemos todos los días.

De hecho, nadie del pueblo había estado dentro, salvo el intento de una pequeña comitiva encargada de dar la bienvenida a sus vecinos a los seis meses de instalarse. Y se tardó tanto porque incluso se tuvo que votar para ver qué vecinos iban a dar la bienvenida a tan ilustres desconocidos. Y tres votaciones después, varias discusiones y hasta algunas alusiones a lo radicado que podía estar uno en el pueblo para ser portavoz de dicha bienvenida, hicieron que el momento se demorara tanto.

Y así, sin previo aviso (bueno, sí, hubo una especie de bando que decía que cinco vecinos, tres señores y dos señoras, con edades medias de sesenta años), se presentarían en la vivienda de los nuevos vecinos para presentarles sus respetos y ofrecerles como presente un cuadro con el escudo heráldico de Luzando.

Desde el bando pasaron tres meses hasta que se pudo dar la bienvenida real a los nuevos vecinos, pues fueron más de cinco intentos de aproximación los que se realizaron a la «Casa Moderna», pero sus

inquilinos no se encontraban presentes. Como era lógico, era su casa y estaban o no estaban cuando les venía en gana, sin tener que dar explicaciones a nadie.

Esto llegó a indignar a algunos, sobre todo, a algunas vecinas:

-¡Vaya desvergüenza, ausentarse del pueblo sin avisar!

Y es que hacía más de treinta años que ausentarse de la aldea sin previo aviso a las fisgonas de turno podía ocasionar la retirada de la palabra entre cinco y diez meses y un día.

Al fin, llegó el momento de la visita efectiva a los vecinos, con el renovado comité de bienvenida, pues uno de los representantes había fallecido y otro, en concreto el portavoz, había acrecentado en los últimos tiempos un defecto de tartamudez cada vez más pronunciado. En este último caso, el motivo no era causa de sustitución, simplemente pasaría a un segundo plano dentro del receptivo comité.

Una vez ante la puerta de la vivienda (esta vez sí, desde afuera se vislumbraban luces, una extraña música y rumores del interior), volvían a encontrarse con el problema de las anteriores visitas del comité: encontrar el camuflado y simple mecanismo de aviso de presencia en la puerta, o sea, el timbre. Pulsado este, y tras una espera de no menos de un minuto, la comitiva se miraba de soslayo al notar que los sonidos musicales que provenían del interior se pausaban y una presencia asomaba al otro lado de la puerta metálica que daba acceso a la parcela por la fachada. La puerta se abrió y un señor con el torso desnudo y velludo se presentó ante tan sorprendida comitiva.

-Buenas noches, mi nombre es Alfonso Creces, propietario de esta vivienda, vecino de ustedes, imagino. Ya estaba preocupándome por lo que estaban tardando en presentar sus respetos. ¿Y ustedes son?

El séquito se había quedado en blanco, el incómodo silencio comenzaba a ser preocupante, y los ojos abiertos como platos de la portavoz de la junta, que no se apartaban del torso desnudo del anfitrión, dieron paso a una voz que surgió de la segunda fila:

-Bien... bien... bienveni... nidos a Lu... Luzando.

No pasaron ni tres minutos desde estas palabras hasta que los protagonistas de tan grotesca recepción hicieran su aparición en la pequeña plazoleta de la aldea, plazuela casi minúscula con fuente incluida y un par de bancos enfrentados para posibles debates. Allí les esperaba una

nutrida representación de vecinos de la localidad para recibir las primeras impresiones que les habían causado tan misteriosos vecinos. Se tenían muy pocos datos de los propietarios de la casa, sólo aquel tipo que apareció en la puerta y del que entendían era también el arquitecto de la vivienda, y su joven esposa... Misterio hubo también alrededor de la construcción de la vivienda. Lo primero que se instaló en el perímetro fueron unos altos postes metálicos que sirvieron como soporte a una inmensa lona impresa con una fotografía del entorno boscoso que iba a ser sustituido por tan magnífico y a la vez extraño engendro arquitectónico.

Dicho parapeto inviolable y el hecho de que casi todos los vehículos, furgones y camiones que colaboraron en la construcción entraban al recinto con las primeras luces del alba, casi de noche, y que la mayoría tenía las lunas lo suficientemente oscuras como para no distinguir en su interior a sus ocupantes, hicieron que los habitantes de Luzando se encontraran con la «Casa Moderna» acabada sin haber podido recopilar prácticamente información alguna sobre dicho proceso. Esto fomentó aún más ese halo de misterio del que tan necesitados en verdad estaban en la aldea.

Y aclarado el proceso constructivo, el ambiente en la plazoleta comenzaba a caldearse ante la poca información que los miembros del comité podían ofrecer a sus estoicos convecinos. Las preguntas se sucedían:

-¿Quién os ha abierto la puerta?

-¿Qué edad tenían?

-¿Cómo son?

-¿Qué os han dicho?

-¿Quién había?

-¿Estáis mudos o qué? ¿Queréis contar algo...? Para eso habéis ido vosotros -levantó la voz una vecina ya entrada en años.

Nadie dijo nada; lo que no esperaban es que fuera a abrirles un señor, casi en paños menores, con cara de excesiva felicidad, y que, tras tomar de las manos del mudo presidente de la comitiva el cuadro con el escudo heráldico de la población, se despidiera de los cinco con un simple: «Gracias, y lo siento, pero estoy ocupado, ya si eso...», y a continuación un portazo. Aunque, ante tanto bombardeo de preguntas, lo

único que aclaró algo a los impacientes fueron las primeras palabras del comité, que retumbaron, otra vez, desde la segunda fila:

-Yo... yo... yo creo que o... o... olía a alcohol.